Año I || GIJÓN 15 DE SEPTIEMBRE DE 1906 || NUM. 18

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

PANACEA SOCIAL

Hacía largo tiempo que la huelga de los obreros metalúrgicos venía sosteniéndose en Sevilla; daban razón de su existencia varios grupos bastante numerosos de trabajadores que, turbulenta ó pacíficamente, en silencio ó profiriendo grítos, recorrian á diario los barrios extremos, sin que las autoridades, ocupadas según añeja costumbre en otros gravísimos asuntos, pudiesen reprimir aquellas *mínimas desordenaciones*, según diría cierto diputado.

Joselillo el *Berri*, muchacho feote y mal encarado, distinguíase entre todos los individuos del gremio por lo atrevido de sus proyectos, la prontitud de sus decisiones y su manifiesta aversión á los ricos, á quienes, siguiendo los vuelos de la fantasía y suponiéndolos ya bajo su férula, sujetaba míl veces en sus conversaciones á quiméricos interrogatorios para fulminar después contra ellos terribles sentencias, y hacerles al fin, expiar sus crímenes entre inauditos tormentos. Cuando aguzando su ingenio inventaba un nuevo género de suplicio aplicable á sus adversarios en el dichoso y próximo día de la redención del pueblo, nada más grato para él que someterlo al juicio de sus amigos, que con grandes muestras de júbilo y nutrido palmoteo celebraban la felíz ocurrencía del joven, considerado por todos, en atención á estos méritos, como hombre eminente.

Un día de los postreros de la huelga estaba más furioso que de costumbre; sus nervíos parecían querer saltar; necesitaba para quedar satisfecho, según propia confesión, desahogar sus bilis con un rico. Rendidos ya de andar y vocear, acamparon él y los que ávidos de compartír los laureles de tan gloriosa jornada sistemáticamente le seguían, á las puertas del antiguo templo de San Román, y apenas hicieron alto,

—Señores, estoy como si nada—les aseguró Joselillo,— Despues de haber recorrido más de cien veces las calles del barrio sin dejar una, y dando vivas y mueras sin parar, me encuentro ahora mismo con más alientos que Napoleón; si en este instante cayera en mis manos un rico ¡pobrecito! lo hacia chispas, y sin descansar me lo comía crudo, con asaduras y todo.

Como si un hada maligna atenta á las palabras del obrero hubiera querido colmar sus aspiraciones, de súbito apareció cruzando la plaza en dirección á la inmediata calle del Sol, preciosa berlina tirada por un solo caballo de raza andaluza. Presentarse el elegante vehículo á la vista de los amotinados, cercarlo éstos tumultuosamente, detener el caballo y hacer bajar al cochero de las alturas del pescante en medio de confusa gritería, carcajadas, palmas y silbidos, fueron acciones casi simultáneas. El *Berri* precipítase á la portezuela, y abriéndola violentamente descubre en el interior del carruaje á una señora algo entrada en años y hermosa á pesar de ellos. Era ésta la marquesa viuda del Palmar, Doña Angela Alvarez de Toledo y Gómez de la Cerda, mujer de gran virtud y no menos temple de alma, que repuesta de sus primeras inpresiones y fija su confianza en Dios, aguardaba relativamente tranquila la solución de tan difícil pleito.

—¡Hola amiga!—díjole el mozo sarcásticamente.—¿En coche? ¿En coche, mientras otros que son más buenos que tú y que valen más que tú van descalzos? Ya ese tiempo se acabó, so nos todos iguales, tenemos los mismos derechos; bastante habéis gozado á costa de nuestros sudores; hora es ya de que paguen ustedes algo de lo mucho que deben.

El tono poco tranquilizador con que el obrero pronunció la última frase hizo palidecer á la marquesa, no obstante su serenidad, temiendo fundadamente que aquellos hombres desalmados pasasen á vías de hecho. No eran estos, sin embargo, los intentos del muchacho, que, fijándose en el magnífico abrigo que la cubría de alto á bajo, al comprender su valor, clavó en él una codiciosa mirada, y tomando con los dedos uno de sus extremos.

—Este—le indicó—me lo llevo yo para los chiquillos del Goro, que no tienen ni un mal trapo que echarse en la cama.

En el momento, y sin hacer la más ligera observación, D.ª Angela desprende de sus hombros y entrega al *Berri*, que á su vez la arrojó en manos de sus compañeros, la hermosa capa en que se envolvía, cuya riqueza, más patentizada aún á beneficio de la luz exterior, excita junto con la admiración el encono de los huelguistas, que prodigan á su dueña mil denuestos del peor género.

—¿Por qué—le pregunta en tanto Joselillo—en vez de gastar el dinero en esos adornos y en esas prendas de tanto lujo no se lo das á los pobres? ¡Contesta! Maldito sea...

—Así se lo doy.

—¿Que así se lo das?—le interroga de nuevo el obrero con pausa capaz de helar la sangre al más valiente, y levantando en alto los puños, como si fuera á descargar sus iras en ella.

—¿Quién lo duda?—replica la buena señora con inconcebible aplomo.—¿No son pobres los que tales cosas fabrican? Si nadie las usara, cerrarían sus puertas grandes talleres donde multitud de obreros encuentran el pan de sus familias.

Sorprendido el *Berri* por tan lógica deducción quedóse suspenso, y hasta hubo un momento en que creyó ver en la marquesa un sér superior; mas sacándole de su paroxismo el ruidoso protestar y la hostil actitud de sus compañeros:

—¡Bájate!—le ordenó al cabo imperiosamente.—¡Fuera ya, tía lechuza! ¡Pero pronto!

Doña Angela, humildemente vestida, circunstancia que notaron la mayor parte de los huelguistas, apareció al punto en el estribo; mas habiendo olvidado algo que en el exterior del carruaje quedaba, volvióse en actitud de tomarlo; Joselillo se lo impidió, diciendo:

—¿No oye usted? No coja usted nada de ahí, que eso no es suyo; el caballo, lo mismo que la berlina con todo lo que lleva dentro, es para nosotros, que no somos ladrones, ¿eh? sino redentores y amigos del pueblo. Y le encargo mucho cuidadito con ésta—añadió señalando á su lengua,—porque, de lo contrario, lo que no ha pasado hoy pudiera suceder el día de mañana. ¡Y andando ya, y de golpe! ¡Largo de aquí!

—Está bien—repuso la dama, que, insistiendo en sus propósitos no obstante las advertencias del obrero, bajóse al fin oprimiendo con los brazos abultado cartucho de papel que parecía dispuesta á defender á todo trance de cualquier asalto.

—¡Eh, compañera, eh! venga eso.

—¡Imposible! Esto no lo doy.

—¿Cómo que no?—dijo el mozo dando un fuerte manotón al cartucho, que, hecho añicos, dejó escapar copiosa lluvía de garbanzos, varios trozos de carne y no pocos de tocino y otras substancias comestibles.

—¡Pícaros! ¡pícaros!—repetía altamente indignada y casi llorosa la marquesa, viendo rodar al suelo y enlodarse aquellas materias. —¿No he dado á ustedes de buena voluntad cuanto me han pedido sin que les asista ningún derecho? ¿Por qué me arrebatáis también esa pequeñez, alimento de una infelíz paralítica, que ansiosa espera mi llegada para saciar su hambre? ¿Y os llamáis amígos de los pobres?

—¿Dónde está esa paralítica?—pregunta el *Berri*, dudando de la exactitud de sus palabras.

Allí enfrente—afirma ella señalando una casa de pobrísima apariencia, — en el 76.

—¿En el 76? ¿Cómo se llama?

—Rosa Domínguez.

—¿Rosa Domínguez? ¡Mi madre!—exclamó despues de un momento de estupefacción el furibundo enemigo de los ricos, que humillado al reconocer en su interlocutora á la señorita Angela, de quien tantas veces le hablaba su buena madre á impulsos de la gratitud: ¡Perdón señorita de mi alma —le decía —perdone V. por Dios, que soy un loco que no he sabido lo que he hecho!

Y en medio de la espectación general:

—¿No oyes tú, *Goro*? Suelta la capa de la señorita, y tú *Jarreto* la manta, y vamos á recoger lo que se ha derramado. Y usted, señorita, al coche.

—No; prefiero irme á pié, está muy cerca.

—¿A pié? ¿quién ha dicho eso? Ahora mismo al coche si no quiere usted que me mate.

Doña Angela obedeció; el *Berri* al mirarla sentada en el carruaje llevando sobre los hombros su lujoso abrigo y en las manos, envuelto en periódicos, lo que encerraba el tan defendido cartucho, respiró satisfecho, y alzando la voz:

—Muchachos—dijo á los suyos que comentaban de mil modos lo ocurrido.—venid acá, acercarse y contestarme á lo que voy á preguntaros: ¿Piensa alguno de vosotros que yo no tenga valor, que á mi me

falten redaños para estrangular, no digo yo á una mujer, sinó á seis hombres juntos?

—¡No! — respondieron unánimemente cuantos le escuchaban.

—¿Hay alguno en todo el gremio ni en toda Sevilla con sus arrabales que aborrezca á los ricos más que yo?

—¡Tampoco!

—Pues, sin embargo de eso, á esta señorita hay que respetarla y no hacerle daño ninguno, porque es más buena - afirmó con los ojos humedecidos en llanto—que el pan de Nieto.

Y dominando un tanto su emoción.

—Hace la mar de tiempo—continuó—que socorre á la pobrecita de mi madre, que ya sabéis que está impedida; le pagó el entierro al padre del Jarreto; le costeó las medicinas á la Camaronera; ha hecho, en fin la mar de cosas buenas, no solo en mi casa, sinó en todas las del barrio, y no es bien nacido... Conque á traer el caballo y á dejar venir al cochero para que enganche. por más que.. anda, Gorillo, y tú, Jarreto. ¿Vamos á tirar nosotros hasta mi casa, que está bién cerca? ¡Más merece la que va dentro!

—No, hijos míos—prorrumpió la marquesa, viendo que se disponían todos á secundar los planes del muchacho; de ningún modo; eso no puedo yo consentirlo; me obligaréis á bajarme.

El *Berri*, encarándose con ella.

—¡Qué salero tiene! exclamó — ¿Pero usted qué se ha creido, señorita? ¿Piensa usted que nosotros no distinguimos? ¡Poco! A los que nosotros quisiéramos ver en la punta de un cañón es á esos ricos soberbiones que todo lo quieren para éllos y que se dan la gran vida, sin acordarse de que hay miseria y lágrimas en mundo; pero á usted y á otros como usted, que en lugar de irse al paseo ó estarse en su casa muy tranquilos, vienen á ver á los pobres y á traerles hasta regalos... á esos somos capaces de llevarlos en hombros... hasta *Portartú!*

DHAMMAH.

CONSEJO DE UN PROTESTANTE

(HISTÓRICO)

Refieren de un amigo de Lutero,
que su madre, llorosa y afligida,
en las últimas horas de la vida
le llamó y dijo así:—Hijo, yo muero.
Mas antes de mi muerte saber quiero,
si es más seguro terminar la vida
muriendo protestante ó convertí la
de la Iglesia al católico sendero.—
Melancthon, aunque siempre fué embus-
(tero,
esta vez contestó la verdad pura:
—En la Reforma,—respondió sincero,—
se vive, madre con mayor so tura,
mas para morir bien... ¡pese á Lutero!—
la católica Iglesia es la segura.

F. A. de Y.

LOURDES

Caso singular.—De una carta dirigida desde Lourdes á un periódico de la corte, entresacamos el siguiente sucedido:

Por último, no terminaré esta carta sin dar cuenta del caso singular de curación de Courcel Ernestine, de París, de cuarenta y seis años, ciega desde hacia dos, con certificado médico del doctor Velude, de París, mujer que, con autorización de la prefectura de Policía, ganaba su vida cantando en algunas calles.

La enferma aseguraba que había venido con la peregrinación no por pedir su curación, puesto que no creía en los milagros de Lourdes, sinó por aprender á rogar, y especialmente, instigada por su marido que la decía hiciese esa prueba.

Yo tenía vergüenza—afirmaba—de entrar en la iglesia, y durante el viaje vine muy molesta, pues era la primera incrédula.

Se me propuso que fuera á la gruta resistiéndome á bañarme en las piscinas; pero en estas dudas, y en medio de mi falta de creencias, acudo á la fuente milagrosa por indicación de las personas que me acompañaban, bebo el agua y me lavo los ojos; experimenté una gran sensación, me froté otra vez y comenzé á ver turbiamente; pero he aquí que empiezo á distinguir á las personas, á la iglesia. Yo veo, yo estoy curada. ¡Ah! ¡Bendita sea el agua milagrosa y Nuestra Señora de Lourdes!

La peregrinación de enfermos á Lourdes.—La Virgen Inmaculada ha manifestado este año de una manera evidente su poderosa bondad hacia los enfermos de la peregrinación nacional.

El día 19, durante la procesión del Santísimo, *catorce curaciones* fueron presenciadas por la inmensa muchedumbre que asistía á tan solemne acto; la mayor parte de los enfermos curados no podían andar antes de su curación. María responde así á la incredulidad de los que niegan su misericordiosa y milagrosa intervención en favor de los que con fé acuden á Ella pidiéndole la salud perdida.

El santuario de Lourdes.—El cronista de «El Liberal» escribe á este periódico, que según un diputado francés, en cuanto se reanuden en París las sesiones parlamentarias «la supresión de Lourdes será un hecho» y dice «que el año 1906 será el último año de romerías.» El mismo periódico citado confirma esto, y hace notar que «muchas personas, adivinando lo que va á suceder, acuden actualmente al Santuario en peregrinaje de despedida.» ¿Sucederá esto al fin? No lo sabemos. Pero he aquí lo que dice el cronista mencionado de lo que es Lourdes, dando testimonio de lo que allí acaba de ver: «Esta es realmente la Jerusalem nueva. Los fieles vienen aquí como iban en la Edad Media á Santiago, y encuentran en esta fuente inagotable de consuelo, lo que la ciencia no puede dar. No hay más que acercarse á cualquiera de esos míseros que cantan ante la gruta, para ver la luz divina que ilumina sus almas. En sus ojos, en sus labios, en sus frentes, en sus manos, esa luz se transparenta. El espíritu celeste anima esos cuerpos y embellece esos rostros... Porque no hay duda, una belleza singular existe aun en las más espantosas (ó deformes) criaturas que oran... Diríase á veces, que los cuerpos han desaparecido y que no se ve en ellos sinó el alma. Las preces santifican la comarca entera. El amor de Dios, destruye los otros amores...»

Esto escribe en *El Liberal* su "cronista,, que acaba de estar en Lourdes y ver con sus propios ojos lo que dejamos copiado.

¡Es todo un testimonio!

TÁCTICA SECTARIA

No es de ahora, no; es la táctica de siempre, la que emplearon, con ligeras alteraciones, según las circunstancias de lugar y tiempo, todos los enemigos declarados, ó más ó menos encubiertos, de la Iglesia católica, en su decidido empeño de extraviar y desorientar la opinión pública en las cosas de la Iglesia y del Padre Santo, bien sea alterando y hasta inventando las más alarmantes noticias relacionadas con la salud del Papa, bien atribuyéndole miras bajas y egoistas en sus relaciones diplomáticas con las demás naciones y hasta con el gobierno de la cristiandad.

Han pasado muchos años desde que se escribieron por un ilustre publicista las palabras que vamos á transcribir, para demostrar lo que decimos; han pasado muchos años, y la necia táctica no varía.

«Respecto á las cosas de la Iglesia y á los actos del Supremo pastor, hay un empeño en formar, en extraviar y desorientar la opinión pública. Anhela el infierno ver rotos los lazos tan íntimos y estrechos que unen al pueblo cristiano con el Papado y para eso desplegan sus satélites, los periodistas de aquellas escuelas una estrategia verdaderamente diabólica. Saben el efecto que causa en la multitud impresionable un simple telegrama y le inventan ó le modifican, conforme les conviene á sus bastardos planes. Si conocen que una alabanza suya puede hacer sospechoso á los débiles un acto cualquiera del Pontificado, alabarán como ángeles del cielo y pondrán hasta las nubes lo que se les antoje. Si creen que les ha de salir más á cuenta la calumnia y el insulto, calumniarán é insultarán como energúmenos. El sordo teje-maneje del periodismo anticatólico no lo conocen muchos cándidos...»

Para estos cándidos y para tanto necio como en el mundo vive escriben los periódicos liberales desatinando y propagando errores, infamias y calumnias á medida de su antojo.

Y es que aparte su mala intención quieren aplicar á un orden de cosas superior el ruin criterio que ordinariamente emplean en sus apreciaciones de las cosas humanas.

Y es que no tienen presente que el Santo Padre es más que una persona; que es una personificación.

Pedro, puesto por Cristo al timón

de la Iglesia, no lo ha soltado aún de sus manos; porque manos suyas fueron las de todos los Pontífices que mediaron entre él y este Pío X, que personifica hoy su gloriosa autoridad como la personificará quien le suceda.

V.

LIMOSNA

Un caballero que dice haber tenido ocasión de ver los efectos beneficiosos de nuestra propaganda, nos envía para los fines de la misma la limosna de 50 pesetas.

Dios Nuestro Señor le pague esta obra de caridad, de las mas meritorias en los presentes tiempos.

CHARLA

—Oyeme, Arturo, ¿qué fué de tu compañero de taller, aquel *temible polemista*, que desde la discusión de la libertad de cultos no le he vuelto á ver por aquí?

—Anda un poco amoscado conmigo no se por qué; en el taller apenas chilla, sin duda teme que le vuelva yo á meter en otra.

—Pues, mira, me gustaría charlar más veces con él, paréceme un buen muchacho á pesar de sus ideas extraviadas.

—Bueno, pues ya se lo diré, por si quiere repetir.

—Sí, hombre, sí, quién sabe si entre tú y yo conseguiremos traerle á buen camino.

—Y ahora que estamos juntos voy á hacerle unas cuantas preguntas; ¿qué es eso del matrimonio *civil* de que tanto hablan los papeles? ¿es para todos, ó sólo para los guardias *ceviles* y los gobernadores *ceviles* y demás empleados *ceviles*?

—El matrimonio, en cuanto es un deber de naturaleza, cae bajo el dominio del derecho natural; en cuanto es propagador de una familia, está regido por la ley civil y en cuanto es Sacramento instituido por Dios Nuestro Señor, pertenece exclusivamente al derecho divino.

No se puede negar que al Estado le competen ciertos derechos, alguna potestad ó modo de intervención por las razones ya dichas en la celebración de matrimonios, pero en esto del matrimonio civil de que ahora se trata y tú me preguntas bien se vé que lo que desean los radicales es prácticamente la separación absoluta del *Sacramento* y del *contrato*, no viendo en el matrimonio más que el contrato, siéndoles indiferente el Sacramento, la Religión, en el matrimonio, contra lo que enseña la Iglesia de Dios, y es de fé católica.

Felizmente en España es impopular esta ley que pretende quitar al matrimonio su carácter religioso, que es el esencial en el vínculo matrimonial, pues lo demás resulta público amancebamiento, concubinato etc., etc., pasaportes segurísimos para irse derechitos al infierno.

—Yo, gracias á Dios, estoy casado como Dios manda.

—Pocos, poquísimos al modo que se pretende, son los casados por lo civil, aún cuando no sean católicos prácticos; en poblaciones bien trabajadas por los elementos sectarios, no hubo en un año ni dos matrimonios exclusivamente civiles, ¿me entiendes? por eso te dije antes que en nuestra patria esa ley es impopular.

—Y tan impopular; no está aún tan baja la dignidad humana para *juntarse á lo perro*.

—*El Sacramento del matrimonio existe y existió siempre entre fieles é infieles*, celebrándose las bodas con las ceremonias propias de su religión, mediando la autoridad y el ministerio de sus Pontífices y Sacerdotes.

—Y de eso otro de la *enseñanza laica* ¿qué me dice V.?

—Yo.... nada; te lo van á decir otros que conocen bien el paño y que no son de los nuestros, es decir clericales, para que no se diga que *nos ciega la pasión*.

Mr. Elberx, acérrimo defensor de la instrucción laica, escribe en la *Nouvelle Revue* lo siguiente:

«Es un hecho incontestable que desde que se ha aplicado el laicismo á las Escuelas ha aumentado la criminalidad, y la perversidad y el egoismo han revestido las formas de la más extravagante alucinación.»

Otro librepensador, Mr. Bonzón, en su libro *El crimen y la escuela*, dice:

«Es necesario reconocer francamente que la escuela laica no ha producido los resultados que de ella se esperaban, pues no sólo no ha impedido la disminución de la criminalidad en la juventud ni coartado su desarrollo, sinó que ha contribuido por el contrario, á que aumente de día en día.»

Las siguientes palabras dirigidas por Napoleón I á M. Fontanas, al encargarle la Dirección de la Instrucción pública, son también de alguna actualidad, ahora que se trata de secularizar la enseñanza en nuestro país:

«Es preciso—le dijo—hacer alumnos que sepan ser hombres... Y creéis....—añadió elevando la voz como si se dirigiera á un enemigo invisible, ¿creéis que el hombre puede serlo si no cree en Dios? ¿Cuál será entonces el punto en que apoye su palanca para sostener el mundo, el mundo de sus pasiones?

»*Al hombre sin Dios, ya he tenido ocasión de verlo desde* 1793. *A ése no se le gobierna, hay que ametrallarle.* ¿Y es ésa la clase de hombres que pretendéis hacer salir de los colegios? No; una y mil veces; para hacer los hombres que necesitamos, es preciso tener á Dios de nuestra parte; pues de lo que se trata es de crear, y me imagino que no habréis encontrado el poder creador que hace falta para ello.»

Por último, para no cansarte con más citas, escucha estos párrafos de un discurso pronunciado por Víctor Hugo en la Cámara de los Diputados el 15 de Enero de 1850:

«Lejos de querer proscribir la enseñanza religiosa, *la creo ahora más necesaria que nunca.*

»Existe actualmente por desgracia la tendencia de *cifrarlo todo en este mundo.*

»Al dar al hombre como fin la vida terrenal, se agravan sus miserias por la negación que se encuentra al término de aquélla, y al peso de las desgracias se añade el no menos insoportable de la nada; convirtiendo el sufrimiento, que es una ley de Dios, en *desesperación, y de ahí las grandes convulsiones sociales.*

»Yo soy de los que desean con ardor mejorar el estado material de los que sufren, y el mejor medio es conservarles ó devolverles *la esperanza en otra vida*, lo cual sólo se consigue mediante la educación religiosa. Abogo, pues, con todas las fuerzas de mi alma por la *educación religiosa de la Iglesia*, mereciendo ser ahorcado en la plaza pública el padre que manda sus hijos á la escuela laica».

Sin duda no quieren incurrir en esta pena nuestros políticos radicales que abogan por la enseñanza laica, tales como Morayta, y aún el mismo Romanones, cuando á pesar de su valioso sectarismo mandan sus hijos á educarse con los religiosos, ó edifican Iglesias al Sagrado Corazón de Jesús, como el Combes francés, ó van á Misa, muy devotos con sendos devocionarios debajo del brazo, como Canalejas y Moret.

—Cuánto engaño, cuánta hipocresía, y ¡luego dirán!...

—¿Quieres ahora, con la elocuencia de los números, saber el resultado en el pueblo de esa enseñanza sin Dios? vaya pues la última estadística anual publicada por el Doctor Mac Donald de los Estados Unidos: Locos 2,385; suicidas 77; niños criminales 325; mendigos 1,790, también es aterradora la publicada en Francia, con el mismo motivo, y que ya tú habrás leído en «El Amigo del Pobre».

Ahora voy á permitirme advertirte para tu gobierno, puesto que aspiras á ser buen católico que «la persecución de las Ordenes Religiosas, las leyes de opresión contra la Iglesia, la libertad de cultos, de pensamiento y de conciencia, la secularización de la enseñanza y de los cementerios, el matrimonio civil y el divorcio son hechos y doctrinas condenadas por la Iglesia»

—Una advertencia para terminar, si es que V. no tiene prisa.

—Venga esa advertencia.

—Que me resisto un poco á eso de poner trabas al pensamiento, ¿quién lo detiene si á veces en un minuto

piensa uno de lo que quiere y de lo que no quiere?

—Cuando los pensamientos son malos procura no consentir en ellos, apartarlos de tu imaginación, distráete con otras cosas, pues Dios castiga los pecados de pensamiento, palabra y obra.

—Y diga V..., ¡caramba le estoy importunando demasiado! ¿por qué se ha de castigar la idea lo mismo que el hecho?.... oye, tú, Paquito... ¡demonio! ¿qué es lo que estabas diciendo á tu hermano? ¿no sabeis que os tengo terminantemente prohibido andar á las guerrillas?....

—¡Pero si no andábamos!....

—No importa le estabas induciendo á Manolo... toma y toma un par de guantadas para que otra vez te acuerdes de no desobedecer á tu padre.

—¡Ay... ay... ay!

—Hombre, hombre, ¡Arturo!.. ¿qué has hecho?

—Castigar á este pícaro que estaba induciendo á su hermano á hacer diabluras.

—¡Pero si la idea no debe de castigarse, sino el hecho!... Lo que ahora hacía Paquito no era sino exponer su modo de pensar á Manolo...

—Le comprendo á V.; ¡me cogió y bien cogido;... ¡Caramba, mas de cuatro veces hablamos y no sabemos lo que hablamos!... como si las ideas no fuesen al hecho lo que las cosquillas á la risa.

—Puesto que tú mismo acabas de *caer del burro*, no hay mas que hablar.

HEROISMO DEL CLERO CATÓLICO

Seguramente que nuestros lectores se acurdan aún del naufragio el vapor italiano *Syrio*, acaecido en el bajo de las Hormigas, frente al Cabo de Palos, en aguas jurisdiccionales de Cartagena. En esta horrenda catástrofe marítima, en la que han perecido más de 300 personas, ha brillado con luz esplendorosa la grandeza de alma, la ardiente caridad, el heroismo y la más perfecta conformidad con la voluntad divina del Clero católico.

Cuando ocurrió la catástrofe, los viajeros, enloquecidos de terror, trataron de salvar sus vidas, disputándose á golpes y puñaladas los medios de salvamento de que se podía disponer en aquellos instantes de suprema angustia. ¡Nadie pensaba más que en sí mismo!

En medio de esta confusión espantosa y de la mayor y más espantable desolación de tan tremenda desgracia, se hizo admirar (¡qué no sería de grande, de sublime!) la tranquilidad de los sacerdotes católicos que iban á bordo y que perecieron hundiéndose con el buque.

El Sr. Arzobispo de San Pablo, del Brasil, y ocho frailes (suponemos que españoles), destinados á las Misiones en las repúblicas hispano-americanas, se emplearon en auxiliar espiritualmente, confortar y consolar á los tripulantes sin procurar ellos huir del peligro ni disputar á otros los medios de salir con vida.

El Prelado brasileño, Dr. D. José Camargó Barrio: permaneció sobre cubierta hasta que con el buque se hundió en las aguas, bendiciendo y absolviendo *sub conditione* á los que se ahogaban para ir á comparecer ante Dios, soberano Juez, cuyo fallo es la misma Justicia, eterno é irrevocable.

¡Esto es más que sublime, es santo!

Los que ciegamente quieren aflojar los vínculos que unen á la iglesia con la sociedad, los que se mueven contra el sacerdote católico y las Ordenes religiosas, pueden, si quieren, conocer por estos hechos heróicos á la Religión, á la Iglesia, al sacerdocio y Ordenes religiosas, como por los frutos se conoce el árbol.

LA HUELGA DE BILBAO

«El Pueblo» de Bilbao, ilustrado y decidido defensor de la clase obrera, trae en su número 36 muchas y buenas cosas á propósito de la última huelga en aquella invicta villa y á propósito de los *vividores* rotativos madrileños que además de sacaros los cuartos están engañándoos, pobres obreros, miserablemente. Nosotros os recomendamos muy de veras la lectura de «El Pueblo;» allí conocereis todas las trampas que os arman esos mismos que, compañeros vuestros de trabajo ayer, hoy viven á lo burgués á costa de vuestros sudores y de vuestra candidez.

Pero vamos á lo de la huelga.

Resumiendo lo que dice «El Pueblo» de Bilbao, resulta:

1.º Que cuatro vividores sin conciencia, cuatro propagandistas amílicos, han arrojado á una huelga insensata, viciosa, falta de base y de consistencia y de justicia á infinidad de obreros honrados.

2.º Que estos obreros honrados creyendo de buena fé lo que esos tiranuelos socialistas les decían, se han pasado dos semanas sin cobrar los jornales que ellos y sus familias necesitan para vivir.

3.º Que los resultados de esta huelga además de la pérdida de jornales, han sido, que la miseria se entronizase en sus hogares; que en las tiendas donde se les fiaba mientras no tenían dinero se les exija un 50 por 100 de réditos; que la clase pobre que con las fiestas de Bilbao esperaba resarcirse de muchas pérdidas se haya visto defraudada en sus aspiraciones; que infinidad de familias tengan hambre; que en la calle haya habido muertos y heridos.

4.º Ventajas positivas, ciertas, algo de lo que pedían no han tenido ninguna los huelguistas:

Ni las 9 horas de trabajo,

Ni la supresión de las tareas.

Ni el reconocimiento de las sociedades *socialistas* que ellos llaman hipócritamente obreras.

5.º y último: que los únicos perjudicados con la huelga han sido los pobres, los obreros, los trabajadores; quedando muchos sin trabajo; que los únicos causantes de estos desastres, de esta huelga falta de organización, falta de justicia, falta de legítimo sentimiento obrero, han sido los agitadores socialistas que para desgracia del obrero honrado en todas partes viven.

¡OBREROS, VOSOTROS QUE EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD CREEIS VER EXPLOTADORES, ¿COMO NO VEIS A ESTOS QUE Á VUESTRA COSTA PROSPERAN, QUE OS EXPLOTAN Á OJOS VISTAS?

LA MANO DE DIOS

Al salir de un banquete, dado por el prefecto del departamento de la Haute-Frenne, pasaron dos jóvenes por delante de un convento desierto, sobre cuya puerta había una estatua de San José, á la que apedrearon en competencia dejándola hecha pedazos.

Aquella misma noche. Grandelaude, el que había arrojado la primera piedra, cayó muerto repentinamente, hallándose en su casa bebiendo un vaso de leche.

Ocho días después, el otro llamado Tourteau, pereció ahogado en el rio. La madre de éste, que al saber la hazaña de la pedrea de la estatua se había reido de la *gracia*, cuando se enteró de la muerte de su hijo, loca de dolor cogió un martillo y empezó á golpearse con él la cabeza, pero los parientes y amigos la quitaron el martillo de las manos y tuvieron que atárselas para impedir que volviese hacerlo, hasta que pareció calmarse.

Al siguiente dia, al regreso del entierro del hijo, fué encontrada la madre tendida cadáver, en el suelo y con la cabeza abierta á martillazos.

La población consternada ante aquellas tres muertes trágicas, vió en ellas la mano de Dios que castiga algunas veces en este mundo á los que directa ó indirectamente pretenden burlarse de El.

EL CATOLICISMO EN INGLATERRA

Con motivo de la conversión al seno de la Iglesia Católica de la Princesa Victoria Eugenia, dicen los periódicos ingleses que se ha dado un paso de avance hacia la conversión total de la aristocracia hoy anglicana, siendo numerosísimas las personas de la más alta burguesía, del Ejército, de la Armada, de la Magistratura y del Magisterio que han hecho ya profesión de Fé.

El clero anglicano, segun autorizados informes de los interesados en ocultar la verdad, ha pasado á formar en la verdadera Iglesia en número tal que una cuarta parte de los sacerdotes católicos son antiguos pastores anglicanos ó hijos de estos.

¡Qué lección más admirable ofrecen estos ejemplos á los que creen en España que para entrar en las vía del *concierto europeo* se hace precisa la indiferencia origen de la herejía y madre de la impiedad!

Imp. de EL POPULAR